

En el decir de Roland Barthes, “por muy espirituales que sean, los Ejercicios de Ignacio se fundamentan en la escritura” (1). Ignacio es fundador de un lenguaje particular. Ese lenguaje, a pesar de su aparente austeridad y distancia, es un lenguaje del corazón. Señalar algunas líneas maestras por donde discurre la teología ignaciana del corazón es el motivo de este artículo. Con ello, creemos que estamos contribuyendo a establecer una de las teologías más necesarias y de más futuro que tiene pendiente la espiritualidad cristiana y la misión de la Iglesia en el mundo de hoy. Ya por los años 70, del pasado siglo, Karl Rahner advertía “que la relación de una teología del espíritu y del entendimiento con una teología del corazón, de la decisión y de la vida religiosa representa de nuevo un problema muy difícil” (2), pero necesario y pendiente. La teología y la espiritualidad cristianas - y las otras - se han quedado en el umbral de “lo edificante” en cuanto al corazón se refiere. A pesar de que Pablo, con toda la Escritura, no deja de afirmar que el amor todo lo excede y es lo único que quedará (3).

Dividiremos esta reflexión en tres partes:

- I - El sagrado corazón
- II - El oficio de consolar
- III - Identidad y misión

En este artículo tratemos únicamente el primer apartado. En siguientes artículos expondremos las notas restantes.

#

I - El sagrado corazón

Los Ejercicios ignacianos se centran en el seguimiento de Jesús. Se trata de una cristología mística y trinitaria, por lo tanto con profundas raíces teologales, pero sin embargo su acento particular reside en la propuesta antropológica que vehicula tal teología. Como lo recordaba el P.Arrupe, la primera palabra de los Ejercicios es “el hombre” (4).

Los Ejercicios ignacianos son finalmente ejercicios del corazón humano confrontado con el Corazón de Dios. El Corazón de Dios está encarnado en Jesús, su Cristo. La devoción católica del Sagrado Corazón de Jesús ha tenido en la espiritualidad ignaciana un aliado estratégico de primera importancia. En la historia del arte religioso cristiano el símbolo del corazón es asociado directamente con la arquitectura y espiritualidad de la Compañía de Jesús, por ejemplo.

“Hay que sentir el pensamiento y pensar el sentimiento”, proponía Miguel de Unamuno. Antonio Machado, por su parte, se interesaba en “los universales del sentimiento”. Y Ernesto Sábato terminaba su alegato “La resistencia” con estas conmovedoras palabras: “El ser humano sabe hacer de los obstáculos nuevos caminos porque a la vida le basta el espacio de una grieta para renacer. En esta tarea, lo primordial es negarse a asfixiar cuanto de vida podemos alumbrar. Defender, como lo han hecho heroicamente los pueblos ocupados, la tradición que nos dice cuánto de sagrado tiene el hombre. No permitir que se nos desperdicie la gracia de los pequeños momentos de libertad que podemos gozar: una mesa compartida con gente que queremos, unas criaturas a las quedemos amparo, una caminata entre los árboles, la gratitud de un abrazo. Un acto de arrojo como saltar de una casa en llamas. Éstos no son hechos racionales, pero no es importante que lo sean, nos salvaremos por los afectos. El mundo nada puede contra un hombre que canta en la miseria” (5). Pienso que todas estas interpelaciones, tan cualificadas, nos recuerdan la profunda recuperación moderna del corazón.

En un artículo anterior (6) proponía a la consideración del lector cuatro niveles del corazón humano, que pienso están en juego en la antropología ignaciana de los Ejercicios: la sensibilidad, la racionalidad, las emociones y el misterio. Se trata de una relación dialéctica entre esos niveles de una única “cordialidad”: el orden ignaciano del corazón. No es posible en este espacio ir más allá de una presentación general de esos niveles del corazón, de su mutua implicación y de su única orientación (el amor y el servicio). Queda como tarea pendiente para otros espacios y estudios. Con todo quisiéramos afirmar ya aquí nuestra opinión de que en tal dialéctica y ordenamiento ignaciano del corazón se encuentra la llave de la hermenéutica espiritual de los Ejercicios, y particularmente del novedoso y rico *proceso de identidad* que ellos operan en la persona del ejercitante, identidad que fundamenta la misión de la Compañía de Jesús.

La división en cuatro partes de los Ejercicios es una originalidad de San Ignacio, que corresponde a una profunda dinámica espiritual y humana. Las etapas de la vida espiritual, en tiempos de San Ignacio, estaban estructuradas clásicamente en tres vías o etapas: la vía purgativa, la vía iluminativa y la vía unitiva. En este contexto, las Cuatro Semanas de los Ejercicios ignacianos representan una originalidad, que no ha escapado a la atención de los estudiosos del tema. Así el lingüista Roland Barthes ve en ello la obra de un fundador de lenguaje: la lengua de la interpelación divina. Leamos lo que nos dice:

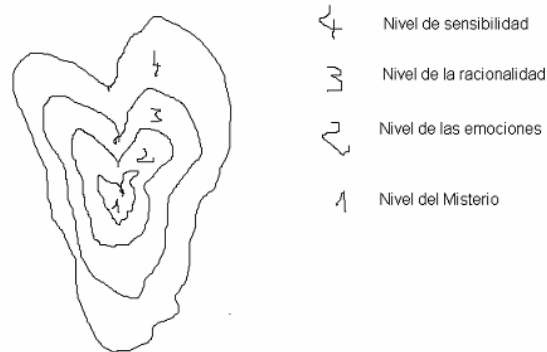
“Como vemos, el texto múltiple de los Ejercicios es una estructura, es decir, una forma inteligente: estructura de sentido, en primer lugar, pues podemos recuperar esta diversidad y esta <perspectiva> de los lenguajes que han marcado la relación establecida entre Dios y la criatura por el pensamiento teológico de la Edad Media, y que vemos en la teoría de los cuatro sentidos de la Escritura; estructura de interlocución (sin duda más importante), ya que los cuatro interlocutores que entran en juego en los textos, salvo Ignacio, tienen un doble papel, primero destinador y luego destinatario (e Ignacio que inaugura la cadena de los mensajes, no es nada más que el ejercitante que la cierra: él realizó a menudo los Ejercicios, y para conocer el lenguaje que utiliza la divinidad en su respuesta, habrá que recurrir al Diario Espiritual, cuyo

sujeto es Ignacio). Se trata pues de una estructura de relevos, en la que cada cual recibe y transmite. ¿Cuál es la función de esta estructura dilatoria? Disponer en cada relevo de la interlocución dos incertidumbres. La primera nace de que, dado que los Ejercicios están destinados al director y no al ejercitante, éste no puede (y no debe) saber nada anticipadamente de la serie de experiencias que se le van recomendando; está en la situación del lector de un relato que vive en el <suspense>, que le afecta muy de cerca, pues es también actor de la historia, cuyos elementos se le van dando poco a poco. En cuanto a la segunda incertidumbre, aparece en el segundo relevo del texto cuádruple, y depende de lo siguiente: ¿recibirá la divinidad el lenguaje del ejercitante y le dará a cambio un lenguaje para descifrar? A causa de estas dos incertidumbres, propiamente estructurales, ya que están previstas y buscadas por la estructura, el texto múltiple de los Ejercicios es dramático. El drama es el de la interlocución; por una parte, el ejercitante es como un sujeto que habla sin conocer el final de la frase que está diciendo; vive la incompletad de la cadena hablada, la apertura del sintagma, está separado de la perfección del lenguaje, que es su cierre asertivo; y por otra parte, el fundamento mismo del habla, la interlocución, no le es dado, debe conquistarlo, inventar el lenguaje en el que deberá dirigirse a la divinidad y preparar su respuesta posible: el ejercitante debe aceptar el trabajo enorme y sin embargo incierto de un constructor de lenguaje, de un logotécnico” (R.Barthes, Sade, Fourier, Loyola, Cátedra 1997, p.57-58).

Remitimos al lector al resto del sugestivo y profundo estudio *barthiano* sobre el “texto múltiple” de los Ejercicios. También podemos leer con gran fruto el monumental y clásico trabajo de Henri de Lubac sj. sobre el cuádruple sentido de la Escritura bíblica, en la tradición medieval cristiana. Allí, como en el estudio de R.Barthes, nos confrontamos a la dimensión textual, semántica, alegórica y anagógica del escrito ignaciano. Gaston Fessard sj. nos alertó el primero sobre la imposible coincidencia entre la propuesta de la triple vía espiritual de los autores tradicionales de la espiritualidad cristiana y la división cuatripartita de los Ejercicios ignacianos.

Volvamos aquí a nuestra propuesta de una teología ignaciana del corazón. Para ello recordemos los niveles que proponemos del corazón ignaciano y de su dinámica propia: a) Hablamos de cuatro niveles que llamamos nivel de la sensibilidad, nivel de la racionalidad, nivel de las emociones y nivel del Misterio; b) Se trata de niveles de conciencia y no de simples estratos psicológicos; c) Conciernen el proceso único y personal de la libertad de la persona que entra en Ejercicios; d) El orden o desorden de tal proceso es lo que interesa de manera principal a la teología ignaciana del corazón.

Para facilitar la comprensión de lo que aquí exponemos dibujaremos “lo indecible”: los citados niveles de conciencia del corazón ignaciano según la propuesta de los Ejercicios. El dibujo es meramente didáctico y no pretende anular el misterio propio a todo el proceso de conciencia y libertad que está en juego:



El gráfico nos recuerda una verdad importante de la teología ignaciana de la afectividad: el corazón humano es uno y sagrado. Los diferentes niveles “cordiales” forman parte de un único corazón. En un tiempo en donde “la inteligencia emocional” está tan de moda no es necesario subrayar la evidencia de la conexión íntima entre los sentimientos y la razón. Lo que es más novedoso es el orden y uso ignaciano de tal conexión. “El pensamiento” humano, según san Ignacio, “sale de mi mera libertad y querer” (E.32). Se trata de un potencial de libertad y de amor, que encierra en sí todos los matices del sentimiento y de la razón humana. Para San Ignacio y su antropología más que de inteligencia emocional se trata de emociones inteligentes, cuya función es “sentir y conocer las varias mociones que en el ánimo se causan: las buenas para recibir y las malas para lanzar” (EE.313). La equidad y equilibrio es el estado natural y sobrenatural del *pensamiento* ignaciano. Se trata de discernir, desear y elegir “lo que más nos conduce para el fin que somos criados” (EE.23). Para ello los Ejercicios se proponen como una “mántica” o arte de la interrogación:

“El lenguaje que quiere crear Ignacio es un lenguaje de la interrogación. Mientras que en los idiomas naturales, la estructura elemental de la frase, articulada en sujeto y predicado, es de orden asertivo, la articulación corriente es aquí la de una pregunta y una respuesta. Esta estructura interrogativa da a los Ejercicios su originalidad histórica; hasta ahora, observa un comentador, nos habíamos preocupado más bien de hacer la voluntad de Dios; Ignacio prefiere encontrar esta voluntad (¿Qué es? ¿Dónde está? ¿Hacia donde se inclina?), y a sí su obra versa sobre una problemática del signo, y no de la perfección: el campo de los Ejercicios es básicamente el del signo que se

*intercambia. Establecido entre la divinidad y el hombre, este campo era, desde los antiguos griegos, el de la mántica, arte de la consulta divina. Lenguaje de la interpelación, la mántica tiene dos códigos: el de la pregunta que el hombre dirige a la divinidad, el de la respuesta que la divinidad envía al hombre. La mántica ignaciana tiene también estos dos códigos; encontramos el primero (o código de la pregunta) principalmente en los Ejercicios, el segundo (o código de la respuesta) en el Diario; pero lo veremos mejor para terminar, no se pueden disociar; se trata de dos sistemas correlativos, de un conjunto cuyo carácter radicalmente binario es prueba de su naturaleza lingüística” (R.Barthes, *Ibd.*, pp.59-60)*

En un artículo anterior sobre “Los presupuestos de la consolación ignaciana” (8) ofrecimos ya una breve descripción de los cuatro niveles de conciencia que, a nuestro entender, configuran el corazón ignaciano. En el contexto de las reflexiones del presente estudio nos limitaremos a recordarlos y a completarlos. Así podremos lograr un esbozo del “sagrado corazón” del ejercitante: contenido y meta del proceso de identidad que los Ejercicios ponen en juego.

4. Nivel de la sensibilidad

En este primer nivel de la “cordialidad ignaciana” hablábamos particularmente de las dimensiones de la *indiferencia* y del *trabajo*, tal como el texto de los Ejercicios las trata. Dos dimensiones de la antropología moderna, que habiendo cobrado una importante actualidad siguen siendo objeto de discusión y de estudio inacabado. San Ignacio sin embargo, ya en el siglo XVI, apuesta, por ejemplo, de manera inequívoca por la *indiferencia*: “es menester hacernos indiferentes” (EE.23). En su estudio del texto ignaciano, R.Barthes considera que el tratamiento que hace San Ignacio de la *indiferencia* lo sitúa como maestro de humanidad: “*esta igualdad paradigmática es la famosa indiferencia ignaciana, que tanto indignó a los enemigos de los jesuitas (...). Se trata del equilibrio ignaciano (...). Una vez conseguida la igualdad, a cambio de una historia cuyo trabajo son los Ejercicios, ¿cómo inclinará la divinidad, de acuerdo con su cometido, el fiel, para marcar uno de los términos de la elección? Los Ejercicios son el libro de la pregunta, no de la respuesta. Para tener una idea de las formas que puede tener la marca que Dios imprime a la balanza, hay que recurrir al Diario espiritual; en él encontramos el esbozo del código divino, cuyos elementos anota Ignacio con la ayuda de todo un repertorio de signos gráficos*” (R.Barthes, *Ibd.*, p.91).

La indiferencia ignaciana es otra manera de tratar la libertad del ejercitante entra en juego en su *trabajo*, otra noción capital ignaciana que concierne el conjunto del corazón, pero que el nivel de la sensibilidad gestiona en primera instancia. “Quien quisiere venir conmigo... ha de trabajar conmigo” (EE.91), dice el Rey temporal al ejercitante como primer criterio de discernimiento de su real amor.

3. Nivel de la racionalidad

En este segundo nivel de la única “cordialidad ignaciana” hablábamos de la *ofrenda* y del *discernimiento*. La escuela freudiana, con razón, nos ha alertado de la ambigüedad propia a los procesos de racionalización humana: “*La racionalización es justificación, y la justificación tiene que ser argumentada. Por eso se parece al razonamiento, pero se diferencia de éste (...). La racionalización es un predelirio*” (Carlos Castilla del Pino, Teoría de los sentimientos, Tusquets, Barcelona 2005, p.93). Pensamos que en este contexto el *test* de la *ofrenda* ignaciana y del *discernimiento* - que la evalúa - son dos instancias de gran importancia en los Ejercicios, para lograr una sana racionalidad en el horizonte de la libre elección de la persona del ejercitante. Los Ejercicios se hacen, la racionalidad ignaciana también. De ahí que, para San Ignacio, “todos los que tuvieren juicio y razón ofrecerán todas sus personas al trabajo” (EE.96). Importa constatar la insistencia ignaciana del “todos-todas”, que sugiere la posible equivocación de unos y la parcialidad de otros. La sana racionalidad y juicio se medirán en la ofrenda de la *integralidad* de la persona a la misión y al servicio. Pienso que tenemos aquí una importante pista de respuesta a la ya clásica pregunta-sospecha del “¿Por qué no nos cambian los Ejercicios Espirituales?” (Carlos Cabarrús sj., *Psicología y Ejercicios*, Vol. I, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 1990, pp.277-284).

Carlos Cabarrús sj. sitúa el principal obstáculo para la inoperancia en muchos de los que hacen los Ejercicios en “*la falta de requisitos*” (Ibd.) . Para este especialista ignaciano “*la ineficacia de los Ejercicios está en proporción directa (...) del adulteramiento o mistificación del texto ignaciano y del Evangelio., unidos a la abolición o supresión de los requisitos y exigencias*” (Ibd.). Tales exigencias son para él “*la disponibilidad y el deseo de estar indiferente respecto a todo lo que no es Dios y su causa*”, “*la mediación del Reino*”, “*la meditación de Banderas*”, “*la apuesta por los que pierden*” y finalmente como <condición de posibilidad> de los anteriores requisitos e incluyéndolos a todos: “*estar en disposición de escuchar el Evangelio y de hacer Ejercicios espirituales*”, por eso, “*mientras no experimentemos los dolores y sufrimientos de los hermanos, como matriz de una vivencia espiritual y/o fenómeno concomitante, no estamos en disposición de ánimo para dejarnos moldear por el espíritu de Jesús. Volver a ese mundo para colaborar en el cambio de su rostro de dolor, será la verificación del recto discernimiento y del mismo seguimiento de Jesús*” (Ibd.). Más claro agua. Hacer un ejercicio de Evangelio sin aceptar el Evangelio es delirio y racionalización. No se trata de sensibilidad política de derecha o de izquierda, sino de coherencia mental... y evangélica.

2. Nivel de las emociones

Aquí nos confrontamos con las categorías ignacianas de la *libertad* y de los *espíritus*, y nos encontramos en el núcleo central de su teología del corazón. Ya señalamos como “*quizá su mayor riqueza y dificultad resida en que es teología... de emociones, no únicamente antropología*” (CdE, p.26). Las emociones ignacianas no se reducen simplemente a los sentimientos humanos, por importantes que sean en los Ejercicios: se trata de *mociones* de libertad y de gracia, nacidas de un diálogo con Dios.

Como nos recordaba K.Rahner: “*en la concepción teológica, libertad es libertad desde Dios y hacia Dios*” (La gracia como libertad, Herder 1972, p.37), no mera gestión humana. Con todo, el sujeto de la libertad que está en juego en los Ejercicios es la

persona del ejercitante. Los Ejercicios ignacianos quieren ayudarle a liberrarse en la Libertad de Dios y hacer una “*sana y buena elección*” (EE.175). Aquí aparece la dinámica, de antropología teológica, de los “tres pensamientos” (EE.32): el mío, el del buen espíritu y el del malo. La libertad ignaciana es libertad discernida y liberada. Por eso las emociones del ejercitante se deben “sentir y conocer, ... recibir y lanzar” (EE.313). No todo vale. Los Ejercicios suponen, en este sentido, un <sagrado corazón>, animado y motivado por el Amor de Dios - y la causa de su Reino -.

1. Nivel del Misterio

En este nivel último de conciencia los tres precedentes recogen toda su densidad y sentido. Aquí entran en juego las categorías ignacianas de la *oración* y del *agradecimiento*. La *oración* o coloquio ignaciano es diálogo de amor entre Creador y criatura, en el horizonte de un reconocimiento *agradecido*: “*Aquí pedir conocimiento interno de tanto bien recibido, para que yo, enteramente reconociendo, pueda en todo amar y servir a su divina majestad*” (EE.233). El amor y el servicio son el corazón del Misterio evangélico, que san Ignacio quiere seguir y que Jesús de Nazareth encarna.

Hemos hablado del “sagrado corazón” para describir una de las notas características de la teología del corazón ignaciano. El referente principal de tal corazón es el Señor Jesús. Pero será el corazón del ejercitante el que aparece como consagrado al final de los Ejercicios, en el seguimiento histórico de Jesús.

En “*las estructuras transcendentales dadas con nuestra condición de sujeto*” (K.Rahner) está esta conexión íntima de nuestra identidad personal con el Misterio cristiano del Dios Amor. Somos porque queridos y amados por Dios. Venimos del Amor y vamos al Amor, desde nuestra libertad agraciada y agradecida. El Reino de verdad, justicia, paz y amor que Jesús anuncia y encarna necesita de nuestra humanidad para hacerse realidad. Reino de hijos e hijas libres, porque liberados y queridos.

La cordialidad ignaciana de la sensibilidad, racionalidad, emociones y misterio se reordenan en un sagrado corazón, atravesado y dinamizado por el Amor de Dios. Cuatro niveles de conciencia que corresponden a cuatro semanas espirituales, entretejidas por un “texto múltiple” (R.Barthes) según la teoría medieval de los cuatro sentidos de la Escritura (literal, semántico, alegórico y anagógico) y de los cuatro interlocutores que san Ignacio presenta en los Ejercicios: el mismo san Ignacio, el que los da, el que los recibe y la divinidad (Ibd. pp.57-58). Todo ello en vista de un acto ético de conciencia y libertad, de una elección “Ad Amorem”.

Redactando estas reflexiones, leo un comentario de prensa sobre el Foro Económico Mundial, que terminó su reunión anual este final de Enero 2007 en Davos, Suiza. El comentario lleva por título “Autoestima y vida en la Luna”, creo que da mucho que pensar en el contexto de nuestro análisis del corazón humano y de la espiritualidad reinante: “*En el Foro Económico Mundial de Davos también se ha debatido sobre si hay vida extraterrestre o sobre cómo mejorar la autoestima y alcanzar la felicidad. Las sesiones dedicadas a asuntos más relacionados con las esferas de la vida privada se celebraron en salas mucho más pequeñas que las que ofrecían cientos de lugares para tratar asuntos como el “Futuro de Irak”, “La amenaza terrorista” o “Las perspectivas*

del dólar”, por lo que los interesados debían inscribirse previamente. Su éxito fue contundente y los asientos se agotaron rápidamente en reuniones como las que trató sobre “Las relaciones y la autoestima” y cómo éstas pueden convertirse “en motor de la felicidad y el éxito, a pesar de lo cual suelen ser descuidadas para concentrarse en la apariencia exterior”. En la misma sesión se debatió sobre la manera en que “una mayor comodidad con la sexualidad y la sensualidad” también mejora la autoestima. En el “El aroma del éxito” se explicaba cómo empresarios, publicistas, diseñadores y arquitectos usan cada vez más los olores para atraer a los clientes. En tanto, expertos en astronomía y astrofísica exponían en otro auditorio los conocimientos más recientes sobre la posibilidad de vida fuera de la Tierra, lo que animó a más de uno de los millonarios y multimillonarios asistentes al Foro Davos a inscribirse para los primeros “viajes turísticos” que en pocos años irán a la Luna” (Deia, 29 de Enero 2007).

Entretanto la economía de nuestra tierra, mal repartida y mal gestionada, genera diaria y masiva destrucción y muerte humana. Un corazón y una espiritualidad que miren a otro lado son alienadas y criminales - por corresponsabilidad o por ausencia de decisión -. De ahí que hablar del corazón humano no es lo importante ni novedoso. Lo decisivo es qué decimos de él y qué hacemos con él.

#

Hasta aquí hemos hablado del corazón del ejercitante, nos queda verlo en acción. Las grandes meditaciones ignacianas de la Segunda Semana van a configurar ese corazón con el Corazón de Cristo, su Señor. *“Los que más se querrán afectar y señalar en todo servicio de su rey eterno y señor universal no solamente ofrecerán sus personas al trabajo, mas aun haciendo contra su propia sensualidad y contra su amor carnal y mundano, harán oblaciones de mayor estima y mayor momento”* (EE.98). El corazón humano aparece sagrado y consagrado en la ofrenda y seguimiento histórico concreto del Señor Jesús y de su proyecto de Reino de Dios: Reino de verdad, justicia, amor y plenitud para los pobres de la tierra. No vale sentir solamente, hay que consentir con un proyecto de Otro que uno mismo. Allí encontramos consuelo verdadero e identidad, en un proyecto del mayor amor. Lo veremos en las dos notas siguientes.